

UN LLAMADO A PAT

Y A no hace calor. También se obscurece más temprano. Son los inconvenientes del comienzo de otoño. Luz natural riñendo con el ridículo filamento de mi ampolleta. Ruidos en la cerradura.

—¿Usted no usa el terno beige?

—No, mamá.

—Se lo daré a Hugo. ¿Quién está más alto?

—Tenemos el mismo porte, mamá —digo.

—Ya.

Pausa.

—¿Mamá?

—Síii.

—A Hugo no le gusta usar mi ropa vieja.

—¡Bah! ¡Qué tontería, la Rosaura lo obligará, entonces!

¡Pobre Hugo! Claro que en su colegio no tienen por qué saber que esos ternos no son suyos. Terminaré la tarea de física. Después llamaré a Patricia. Mañana deberé darle los resultados de los problemas a Ismael. Los copia durante los rezos de las ocho y media. Mueve los labios y sobre las rodillas tiene su cuaderno. El trato es bueno: yo hago las tareas y él me invita a su casa para que vea a Patricia.

Rosario me interrumpe.

—¿Qué le dijiste a la Paz Zañartu? —pregunta.

—¿Cuándo?

—El otro día, cuando entró a la salita de música a esperarme.

¿Qué le dije? Que se fuera, supongo. O que se quedara callada.

—¿Por qué? —pregunto.

—¡Por qué! Te prohibo, mocoso insolente, que te metas con mis amigas. ¿Me oyes?

Gritándome. ¡Qué se cree Rosario!

—¡Fuera! Estoy haciendo tareas. Si no te vas, te pe-

go.

Está pálida de ira. Es trágico amenazarla. Ahora será imposible que se vaya. Vendrá mi mamá. Nos gritará a ambos. Y después me costará el doble terminar esto.

—¡Atrévete, cobarde! ¡No me pienso ir! —grita, histérica.

No hacerle caso. ¿Qué le dije a la Paz Zañartu? ¡Ah! De veras. Que si no quería seguir "planchando" en las fiestas, que comiera menos. Tenía un sandwich en una mano y una manzana en la otra. No estoy seguro si masticaba una pastilla, simultáneamente. Pero lo hice para hacerle un favor. Rosario la usa. Por eso quiere que siga gorda. Le cuenta sus cosas, la lleva como dama de compañía al teatro, se siente admirada por ella, no le disputa ni medio pretendiente. ¡Que se reviente la otra! ¡Pero nooo! Conozco demasiado a Rosario. No le voy a aguantar...

—Le dije que era una guatona indecente —digo.

—¡Hiiii! ¿Le dijiste eso? ¡Bruto! ¡Roto! Te voy a acusar a mi papá. ¡Vas a ver!

¡Paamm!

(Portazo).

Se fue. Ni deja que le expliquen las cosas. Me retarán. Voces en la escala. Mi mamá y Rosario. Ya debe estar acusándome. ¡Que no dejen ni hacer las tareas, digo yo!

Mañana veré a Patricia. Tendría que atreverme a conversar con ella. Pero largo. No esas conversaciones de: "¡Hola! ¿Que cuentas?" Cuando el otro día me preguntó si me entretenía con Ismael, tuve que mentirle. Ismael me aburre enormemente, pero no puedo decirselo a su hermana. A él sí, aunque no creo que le importe.

Ha vuelto mi mamá.

—¿Dónde están los zapatos que le darás a Hugo?

—En mi closet —respondo.

Hurguetea.

—Rosario me contó de tu grosería con la Paz Zañartu...

(Aquí viene la grande).

... ¿Cómo voy a creer que un niño de tu edad pueda ser tan grosero con una niñita?

Para mi mamá somos todos niñitos y niñitas. Se entretiene con Rosario y sus fiestas y pololeos, como si se tratase de alguna de sus muñecas de chica. (En la pieza de los cachureos hay varias de esas horribles muñecas desvencijadas. La rabia más grande que ha pasado con Rosario fue porque no le gustaron nunca esos adefesios con cara de porcelana. "Son alemanas. Y yo que cuando tenía tu edad las cuidaba para que pudieses aprovecharlas tú, Rosario". Espantoso. No me imagino cómo sabría entonces que la Rosario sería mujer). ¿Qué le digo? La verdad.

—Mire, mamá: la Paz Zañartu es antiestética. La culpa la tiene la Rosario, porque no le conviene que enflaquezca...

—¿Qué tontería es ésa? ¡Cómo puede decir una cosa así un niño medianamente inteligente!

Lo mejor es que estalle de una vez.

—Es que yo no soy medianamente inteligente, mamá. Soy genial.

—¡Insolente! No te burles de tu madre. ¡Usted está muy insolente, jovencito! ¡Muy insolente!

Llegaron los "usted". La hora de comida será un infierno. A las siete tengo que llamar a Patricia para decirle que mi profesor de piano le puede hacer clases. Aprovecharé para conversar largo con ella. ¡Ffff! ¡Fiii! Esta señora no quiere irse. Debo comportarme como si estuviese resolviendo los problemas de física. Observarla de reojo. Desconcertada.

—¡Tengo una tarea tan difícil para mañana! —digo.

—¿Ah?

—Que estoy atrasado con una tarea de mañana.

—A la hora de comida hablaremos, entonces. Usted merece un castigo, niño.

Estoy solo.

—oOo—

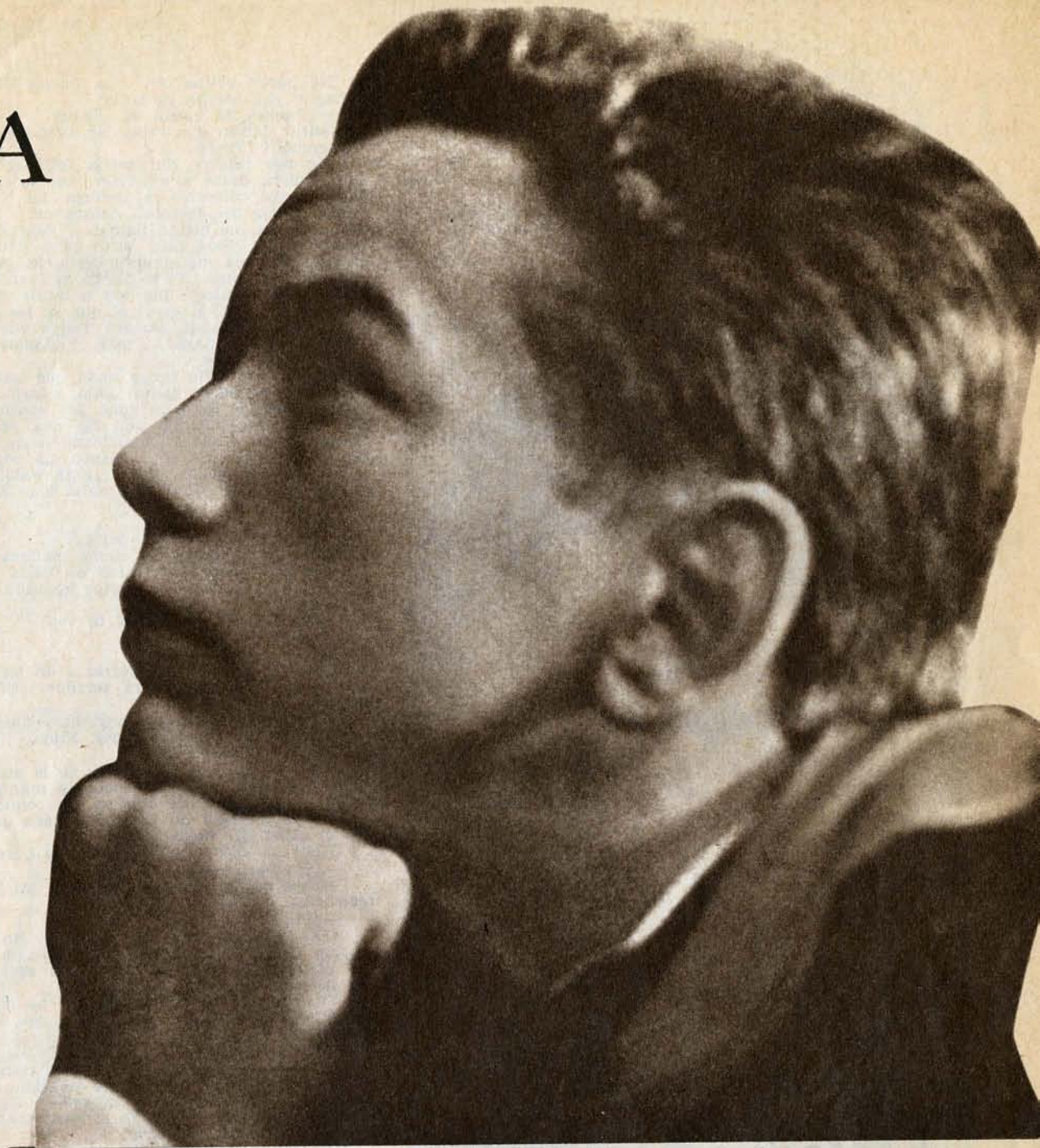
El gong para bajar a comer. Es tarde. Desde hace algún tiempo no tengo hambre a las horas debidas. Cuando estoy frente a un plato y me acuerdo de Patricia, el



ICIA



Por
**JUAN AGUSTIN
PALAZUELOS**



apetito desaparece como por encanto. El cuarto escalón crujió. Típico. Bien pegado a la muralla no suena. Ensayar. Otra vez el gong. Apurarse.

Todos sentados a la mesa. Soy el único atrasado. Caras largas. La tía Mercedes invitada a comer. Sólo ella sonríe. Me besará con su boca húmeda y sus pelos en las mejillas. Deberían decirle que se afeitara. O depilara. ¡Ya veo si se lo dijera yo! Me pegan. Apuesto. Inevitable tener que saludarla con un beso.

—¿Cómo está mi regalón! —dice.

—Muy bien, tía —respondo.

—Muy bien tía, gracias —agrega mi madre.

—Gracias —digo.

—¿Por qué llega atrasado? —Es mi padre.

Mentir.

Pausa.

—Estaba terminando una tarea —respondo.

No tenía para qué haber mentido. Bajé apenas sonó el gong. Me demoré lo justo en llegar. Es claro que si digo la verdad habrá otro motivo más para el griterío de esta noche. No tengo hambre. Me carga la lechuga. A Rosario le brillan los ojos. Sabe que me castigarán. No hay escapatoria posible. Yo tenía que decirle a la Paz que estaba muy gorda. Rosario no se va a quedar muy contenta de todos modos. Defenderme hasta el último. Si es que me dejan hablar, también. Con el "cállese la boca" me anulan. Si yo empiezo, ¿qué pasaría? Para vencer el

miedo, no más. La sorpresa da buenos resultados en el combate, dice el profesor de historia.

—¡No picotee la entrada! —dice mamá.

—Es que no me gusta la lechuga.

—¿Al señor no le gusta la lechuga? ¡Se come la lechuga, caramba! —grita mi padre.

Todo perdido. Y tendré que comerme este pasto. No hay libertad para nada. ¡Hasta cuándo! Mi madre aprovecha para contarle el asunto de la gordura de la Paz. Mi tía Mercedes ríe. Mi padre la pulveriza a miradas. Desgraciadamente la tía Mercedes no me sirve de aliado. (Mientras hablan me miran como si yo fuese un objeto). La tía Mercedes es demasiado buena y se sabe que soy su regalón. "No es imparcial para sus juicios, Mercedes". ¡Listo! Anulada. ¡Para qué echarán a perder la palta mezclándola con lechuga! Será para que cunda. El pollo está bien durón. Lo tomaré con la mano. Estamos en familia.

—¡No se toman las cosas con la mano! Para eso tiene tenedor y cuchillo.

—Es un maleducado. Yo no sé cómo puede ir a fiestas, todavía —agrega Rosario.

—¡Cállate, Rosario! —digo.

—¡Cómo no! Pero para andar diciéndoles groserías a mis amigas sí que eres bueno.

No hay caso. Mirar a mi padre. No se podía retardar más. La lechuga, el atraso, el pollo con la mano, la gordura de la Paz Zañartu, el castigo del otro día...

SIGUE

—¡Mire, jovencito!
 —Síiii, papá...
 —Usted se ha convertido en un elemento antisocial en este hogar...
 —Pero, papá...
 —¡No me interrumpa, caramba!
 Lógico. No me interrumpa. Mmm. Mirarlo y apretar los labios. ¡A la Rosario le va a pesar esto!
 —Usted tiene catorce años y su comportamiento es peor que cuando tenía ocho... He sabido lo que le dijo a la "Pacita" Zañartu...

No puedo evitar reír. "La Pacita Zañartu". La uvita Zañartu. ¡La sandía Zañartu!

—¡Fuera! Se queda sin comer y a la cama, mocoso insolente. ¡Miren que reírse de su padre cuando le llama la atención! ¡Fuera!

Me voy rápido. No podría explicar nada. Inútil. ¡Si uno pudiera darse a entender, por lo menos! Por suerte no tuve que comerme la lechuga. La Nilde me traerá el postre debajo del delantal. Acostarme y leer. ¡Y con todos estos líos, se me olvidó llamar a Patricia! (El cuarto escalón crujió) ¿Será muy tarde para llamarla? Estará comiendo. Patricia me comprendería. El teléfono está en la pieza de mi mamá. No se darán ni cuenta que hablo. Después, mi papá dice: "Me voy a morir el día menos pensado de úlceras". Y es él el que se las agranda a gritos. ¿Y si no es hora de llamar? Tengo que atreverme.

—¿Aló?... Estará..., este... ¡Ismael!

—Un momento.

Soy cobarde. No tengo nada que hablar con este imbecil. Debería haber dicho: ¿Aló, estará Patricia? Era demasiado simple. Pero no pude. Me ocurre siempre lo mismo. Las cosas sencillas son las que verdaderamente me cuestan hacer. Todo lo complicado se da solo. Cada vez es peor. Las cosas van en aumento. La voz de Ismael...

—¿Aló? ¿Ismael? ¡Hola! ¿Está Patricia?

—Alóu (dice alóu). No, salió con Etienne a la vermouth y todavía no vuelve...

—¡Ah!

—¿Alóu? ¿Queeeeé? —grita.

—Que no importa. La llamo mañana.

—¿Alóu? ¿Hiciste la tarea de física? —pregunta.

—Sí. Tengo que cortar, estoy apurado.

—¿Por qué? —insiste.

—Bueno, adiós. Mañana te veo.

—¿Alóu? Oye...

Clic.

Pasos en la escalera. Correr a mi pieza. Si no me encuentran acostándome será terrible. ¡Uff! Por suerte es la Nilde. Sonreírle.

—Estamos de castigos hoy día —dice.

—Así es la injusticia, pues, Nilde.

—¿Será injusticia?

—Por culpa de la Rosario y de la guatona Zañartu. Y de las lechugas; y del pollo con la mano; y de la risa... ¡Qué sé yo, Nilde! Me dejaron sin comer...

—Aquí le traje un postrecito para que no se duerma con el estómago vacío, mijito.

Tiene los ojos húmedos. ¡Es tan buena la Nilde!

—¡Gracias! —digo.

—Está muy acusete la Rosarito. "Al Hugo" le pegaron reciencito, no más...

—¿Por qué?

—Es más orgulloso ese chiquillo. No se quería poner la ropa suya que le regaló misia Rosario... ¡Ya no tiene que ponerse, y despreciando el mal agradecido! ¡Pa' que vea usted!

Yo le dije a mi mamá. Porqué no le dará plata, mejor. Cada uno con sus gustos, digo yo. Si no le gusta la ropa usada...

—Es bien raro, Hugo, Nilde. ¿No es cierto?

—Mal criado. Su madre se mata trabajando y él hace que te hace remilgos... "Usted no tiene para qué trabajar tanto, mamita". ¡El muy insurgente! Si su madre no trabajara... ¡Dios me libre! Yo lo haría trabajar. ¡Miren que tenerlo estudiando al perla!

La lengua desatada. No puede ver a Hugo. Sin embargo, adora a la Rosaura. Se emplearon juntas cuando recién se casó mi mamá. Pelean todos los días, pero no resisten las separaciones. Salen juntas a veranear.

—¡"Dotor"! quiere ser el señorito —agrega.

¿Y qué le importa a ella? Claro que no puedo decirle a la Nilde que Hugo va a ser un buen médico. Si lo hago, pasará una semana sin hablarme. Y ahora que me trajo el postre... Me da vergüenza desvestirme delante de ella. ¿Por qué será? No me gusta la macedonia. Patricia. ¡Ya está! Inmediatamente el estómago, como si estuviese lleno. La ampolleta del velador es muy chica; por eso me duele la vista cuando leo de noche.

—Me voy a comer más tarde el postre, Nilde.

Si Patricia supiera que cada vez que doy vuelta una página me acuerdo de ella. Y si voy por la mitad, tengo que empezar de nuevo, porque no entiendo nada. ¡Y que beso la almohada! Rubor. ¡Te quiero tanto! Nunca me atreveré a decirselo...

—Usted anda como espirituado. ¿Qué se está enamorando? Miren que poniendo los ojos blancos a cada rato.

—¡No, Nilde! Es que estaba pensando en la vida.

—O cuando se está enamorado o cuando se está viejo, no más, se piensan esas cosas —murmura.

Esta vieja es bruja. ¿Estaría poniendo los ojos blancos? ¡Qué vergüenza!

—Buenas noches, Nilde. ¡Gracias! —digo.

Quiero estar solo. La cama me espera. Debo acostarme antes de que mis padres suban y apagar la luz un rato para que crean que duermo.

Mañana sí que hablaré con Patricia. FIN

